EDUARDO ANTONIO PARRA

Wet /Seis estudios (Love and Desire) (detalle) /
Duotono / Óleo sobre tela / 30 x 36 cm / 2024

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CUENTO?

En nuestra lengua, y por lo menos en México, el vocablo *cuento* tiene muchas connotaciones, lo que al momento de tratar de definir el género literario que cae en tal categoría implica cierta confusión, tanto entre lectores no muy enterados como entre los que aspiran a escribirlos; incluso a veces entre quienes ya han publicado algún volumen de este tipo de narraciones.

Acaso los malos entendidos se inicien desde la infancia, pues la mayoría de las lecturas dirigidas a los niños se denominan cuentos, lo que deja en la memoria de la gente la impronta de que "los cuentos son para niños". Yo mismo lo creí durante un tiempo, aunque con algunas dudas, pues durante mi niñez acostumbrábamos decirles cuentos a esos cómics de aparición semanal que publicaba en aquellos años la Editorial Novaro, con las aventuras del Pato Donald y sus sobrinos, las de Archie y sus amigos, las de la Pequeña Lulú y Tobi, sin olvidar las historias siniestras y de horror que aparecían en las mismas colecciones ilustradas y a las que también llamábamos así. Por su lado, mi padre llamaba a veces cuentos a los chistes. No era nada raro que, a la hora de la comida, mientras platicaba cómo le había ido en su trabajo en el banco, de pronto nos dijera "Hoy me contaron un cuento muy bueno", y de ahí se soltara a contar la gracejada del día.

Si en los primeros años de mi adolescencia alguien me hubiera preguntado qué es un cuento, seguro me habría referido a esas revistas de monitos que mi madre nos llevaba a comprar cada domingo, a las historias dirigidas a la infancia o, si acaso, a los relatos que cualquiera de mis dos abuelas narraba en la cocina mientras preparaba la comida o lavaba los trastes. Claro que estos últimos, por sus temáticas y la violencia que desplegaban sus escenas, se salían un poco del ámbito de los intereses infantiles.

En lo personal, no tuve una visión clara de los géneros literarios sino hasta los últimos cursos de la preparatoria. Sabía, eso sí, lo que era un poema; pero en cuanto a diferenciar el cuento de la novela, o de la crónica, o de las memorias, puedo confesar que me era difícil, si no imposible. Una anécdota puede ilustrar este mi desconocimiento: en el penúltimo semestre de prepa –no recuerdo si porque se trataba de una tarea o por iniciativa propia– leí *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. De más está decir que entendí muy poco de la historia. El acomodo de los acontecimientos a manera de

un rompecabezas, la aparición y desaparición súbitas de los personajes, la dislocación del tiempo, me metieron en demasiados problemas. Y sin embargo disfruté el libro. ¿Por qué? No estoy seguro. Acaso por el lenguaje, por esas frases que para mí resultaban novedosas, increíbles, casi mágicas. Pero también pudo haber sido por la satisfacción de haber leído un libro que según mis maestros era de los más importantes escritos en México. El caso es que lo leí. Y unos días después de hacerlo, me metí en la biblioteca y tomé *El llano en llamas*. Seguro fue esa la primera vez que leí verdaderos cuentos, pero por desgracia lo hice sin saberlo.

Aunque más tarde me reí de la ingenuidad de aquel lector que fui, la verdad es que inicié el recorrido de ese volumen de historias cortas creyendo que se trataba de otra novela (no tenía idea de que el autor tan solo había publicado una). Al pasar del primer "capítulo" al segundo, como ya me había enfrentado a la estructura peculiar de *Pedro Páramo*, no me pareció extraño que los personajes fueran distintos ni que las acciones carecieran de secuencia, y continué avanzando. "Ya se unirán en una línea lógica más adelante", debo haber pensado. No fue sino hasta que ya llevaba alrededor de la mitad del libro que esa falta de coherencia y continuidad en el argumento empezó a inquietarme. Lo comenté con mi maestro de literatura, quien, con una sonrisa divertida en el rostro, me aclaró que lo que yo leía ahora era un género distinto y después me ilustró a grandes rasgos sobre la diferencia entre una novela y un cuento. No muy convencido, reinicié la lectura, y solo entonces comprendí sus explicaciones.

Pasaron los años y los libros leídos. Comencé a escribir tras graduarme de la carrera de Letras. Lo primero que brotó de mi pluma fue un cuento que tuvo un éxito modesto (ganó un premio local) y se publicó en una revista universitaria. Me sentí casi entero como escritor y decidí probar suerte con una novela que trabajé algunos años, hasta que tuve que abandonarla cuando llevaba escritas cerca de medio millar de cuartillas, a causa de que no vislumbraba el final. Tras ese fracaso en el "terreno largo", me concentré de nuevo en "el terreno corto". Me dediqué al cuento, a su lectura intensiva, a la exploración de su forma, de sus técnicas y sus estructuras. Publiqué un par de volúmenes. No dejé nunca de leer novelas y ensayos, pero el recorrido de la obra de los grandes cuentistas, sobre todo mexicanos y latinoamericanos, se convirtió en mi prioridad durante años.

Siempre he estado seguro de que para identificar con precisión las diferencias entre los géneros, en este caso narrativos, es necesario adentrarse en ellos practicándolos. Y, con la práctica, yo había olvidado las confusiones que surgen entre ellos desde la perspectiva de los lectores. Las recordé en una ocasión en que, invitado al Congreso de Investigadores del Cuento Mexicano que se llevaba a cabo en la Universidad de Tlaxcala, me pidieron que leyera ante el auditorio una de mis piezas cortas. Leí un texto bastante violento. Luego, varios de los asistentes levantaron la mano para expresar su opinión. Uno de ellos, hombre de mediana edad, lucía molesto. Cuando le llegó su turno de hablar, dijo con indignación: "Eso que usted acaba de leer no es un cuento". Al preguntarle por qué, respondió muy seguro de su argumento: "No es un cuento, porque no se lo podría leer a mis hijos". Por fortuna el moderador de la mesa fue el encargado de responder: en ese instante no hubiera sabido qué decirle.

Al emprender la escritura de un nuevo cuento siempre he tenido presente que se trata de un género cuya exigencia técnica y estructural fue establecida desde la época de Edgar Allan Poe, y que ha presentado pocas modificaciones con el paso de los siglos. Modificaciones que iniciaron con la sutileza del gran Antón Chéjov y que continuaron sus descendientes literarios, sobre todo en el ámbito anglo-

sajón. Pero mis preferencias se han inclinado a lo largo de los años por los autores de lengua española. Creo, como muchos de los cuentistas formados en la "escuela clásica", que un cuento debe escribirse "de atrás para adelante", es decir, tras visualizar el final; que el protagonista debe sufrir una transformación a lo largo de la historia narrada; que tanto el inicio como la conclusión deben ser fuertes, contundentes (incluso cuando quedan abiertos); que la prosa debe ser precisa, económica y sugerente; que deben respetarse, por lo menos hasta cierto punto, la "unidad de espacio", la "unidad de acción" y la "unidad de tiempo"; que detrás de la anécdota o el argumento debe haber un "significado" general; que, como afirma Ricardo Piglia, además de la historia visible debe haber una "historia oculta" que se revela al lector en el transcurso de su lectura... entre otras características.

En las últimas dos décadas, por lo menos en mis lecturas de los cuentistas más jóvenes de lengua española, he podido advertir que algunas de estas características, que yo consideraba inamovibles, aparecen adelgazadas al grado de casi desaparecer, como si la influencia de la tradición iniciada por Chéjov, es decir, la que sobre todo los cuentistas de habla inglesa fijaron en los últimos cien años, se hubiera fundido poco a poco con aquella en la que nos formamos los latinoamericanos, hasta crear nuevas confusiones, esta vez más sutiles en lo que se refiere al orden técnico y estructural, donde se mezclan las preceptivas, las concepciones del cuento y las miradas críticas.

Así, de pronto me ha tocado leer piezas cortas en las que el final carece de contundencia, o en las que no hay un final claro, y esto me desconcierta, pues siempre he creído que el final de una narración está ahí para darle un sentido a lo que los personajes de la historia que leemos acaban de vivir, o para aclararnos el sentido, el significado profundo de tal historia. Me he topado asimismo con otras historias cortas en las que ningún personaje resulta "transformado", que así como entra en la trama sale, y que no obstante tanto sus autores como mi yo-lector seguimos considerando cuentos. ¿A qué se debe esto?

Tal vez a que el género trata aún, lo escriba quien lo escriba, de contener en las historias que cuenta uno o varios elementos que impacten a quien lo lee, que lo maravillen y que le ofrezcan alguna experiencia o enseñanza aprovechable para navegar por la vida. Acaso sea que conserva ese ingrediente de "oralidad" con el que nació, allá en los tiempos prehistóricos, y que lo hace provocar en sus receptores la sensación de que está hecho "para ser escuchado" aunque en realidad lo leamos. O quizá la respuesta se halle en ese impulso que nos lleva a los lectores a repasar la narración que nos cuenta en varias ocasiones, eco de aquel atávico "cuéntamelo otra vez" que comenzamos a practicar desde la infancia.

Esas características del género, que desde mi punto de vista sí son permanentes y lo diferencian en mayor o menor grado de la novela, del relato, de la crónica, del perfil, de la viñeta y de la relación, son las que le otorgan su verdadera personalidad, más allá de las maneras en que haya evolucionado y siga evolucionando, más allá de las modas, las influencias y cambios estructurales; más allá, incluso, de la mezcla de géneros que ya empiezan a proliferar y que dan como producto cuentos-ensayo, cuentos-poema, y cuentos-drama y lo que se acumule a estos con el transcurso del tiempo.

Y seguro será posible responder a la pregunta "¿Para ti qué es un cuento?" con las palabras: una historia breve que me impacta al grado de hacerme cuestionar mis propias creencias y convicciones, que me da algunas enseñanzas de vida, que me ayuda a conocer un poco más a los seres humanos que me rodean y, sobre todo, que me maravilla al grado que quiero regresar a él para releerlo una y otra vez.